

La epopeya de la clausura

Pobreza singular

Christopher Domínguez Michael

Releí *Las tribulaciones del estudiante Törless* (1906), de Robert Musil, y no me decepcionó, y si lo hice fue gracias a una nueva edición (traducida por Claudia Cabrera e impresa en México por Sexto Piso) que se vende en paquete junto con *Uniones, Tres mujeres* y *Obras póstumas publicadas en vida*. Pero también lo hice por esas primeras líneas del epígrafe de Maurice Maeterlinck que abre aquella novela, una de las primeras frases en prosa que memoricé muy joven: “Apenas expresamos algo lo empobrecemos singularmente...”.

Conservar una antigua edición (como la que yo tengo del *Törless*, la de Carlos Barral de 1970 en cuya portada aparece un fotograma de la película de Volker Schlöndorff) intimida y más aun si fue, además, mancillada por las admiraciones enfáticas del lector adolescente, al estilo de ¡SÍ!, ¡NO!, ¡ESENCIAL!, ¡REPUGNANTE! Debo decir, inclusive, que volví a señalar, con mayor prudencia y aseo pero no menor candor, párrafos que me han vuelto a resultar memorables de esta primera novela de Musil (1880-1942), que tanto éxito tuvo y forma parte del aluvión de novelas de aprendizaje o *Bildungsromane* aparecidas entre 1898 y 1914: las de Conrad, Thomas y Heinrich Mann, Walser, Rilke, Hesse, Joyce y Kafka.

Las tribulaciones del estudiante Törless es, también, una novela de colegio y tiene su nudo dramático en las sevicias sexuales a las cuales un trío de camaradas somete a Basini, el muchacho débil que, tras cometer un robo, se convierte en víctima del chantaje. Törless, al mismo tiempo protagonista y conciencia de la novela, es ambiguo ante “el prodigioso mecanismo del mundo” que le permite, en apariencia, ser cómplice o víctima, juez o justiciero.

Sería instructivo comparar el *Törless* con *Las penas del joven Werther* (1774) y recorrer la distancia que va de un libro a otro, de una forma rudimentaria del melodrama novelesco, la de Goethe, al realismo analítico de Musil. El de Werther es el mundo como debería ser mientras que el de Musil es el mundo tal cual es y ambos expresan una manera romántica y alemana que puede identificarse como la poesía del sentimiento: el arte de las afinidades electivas, la manera en que un ser (un artista en la acepción vapo-

rosa del término) se forma mostrando lo que en él es prematuro, mórbido, delicuescente.

Haciéndome esas reflexiones, que me llevaban a comparar mis antiguos subrayados con los recién hechos, me sentí obligado, haciéndome cierta violencia, a recurrir a la crítica y no a cualquiera, sino a la de Marcel Reich-Ranicki, autor de un ensayo demoledor contra Musil en *Siete precursores. Escritores del siglo XX*. Tras consultar al crítico alemán la perspectiva cambió y no necesariamente para bien. Me



Robert Musil

olvidé del *Törless* por un buen rato y examiné la ruina que para Reich-Ranicki es la obra entera de Musil, resultado de la incapacidad de un escritor para reconocer los límites de su talento y proceder en consecuencia.

Ejemplifica el crítico con el escándalo Musil de 1968: los redactores de *Pardon*, una revista satírica, enviaron un original de ocho páginas mecanografiadas a 32 editoriales suizas y austriacas y a varios escritores y profesores, un par de ellos altas autoridades en germanística moderna. Las mandaron haciéndolas pasar por obra inédita de un aficionado ganoso de probar fortuna en las editoriales y ante la crítica. Pero lo que enviaron, ya se sospechará, eran escenas centrales de *El hombre sin atributos*, la inmensa, inabordable e inconclusa novela de Musil. Los provocadores, que sólo cambiaron los nombres propios de los personajes musilianos, recibieron 36 respuestas. En ninguna de estas (ni siquiera en la de los lectores de la editorial Rowohlt que había publicado originalmente *El hombre sin atributos* en 1931) reconocieron a Musil como autor. Más aun: todos rechazaron el falso original por pedestre.

Reich-Ranicki concluye, tras fungir como abogado del diablo contra su propia causa, que no puede haber prueba empírica más devastadora de que Musil ha sido un falso clásico, un autor inflado y escasamente leído. Propuso como remedio, dado que encuentra oasis en ese desierto, hacer una edición abreviada de *El hombre sin atributos*, de 500 páginas, que rescatara lo esencial y suprimiese los infinitos agregados y fragmentos con que Musil, por su falta de autocrítica, extravió su novelón. Como era de esperarse, los escritores alemanes rechazaron la propuesta del crítico, tomándola como una ultrajante invitación a atentar contra un monumento histórico. Tras lamentar que de Musil sólo se pueda hablar arrodillado y que sea un autor preservado artificialmente de la crítica literaria, Reich-Ranicki sacó sus melancólicas conclusiones sobre *El hombre sin atributos*: “Los estudiosos de Musil quieren hacernos creer que fracasó, en efecto, pero en el nivel más elevado, y que su derrota fue una victoria, un verdadero triunfo; que precisamente ese fiasco da prueba de la grandeza y la modernidad de su obra”.

Antes de preguntarme cómo reanudaría mi relectura del *Törless* tras el varapalo de Reich-Ranicki, pensé lo furioso que se habría puesto Juan García Ponce, el obsesivo valedor de Musil entre nosotros, de haber leído ese ensayo. Y busqué lo que dice Reich-Ranicki de la primera novela de Musil y encontré la diferencia que hace entre el Gymnasium prusiano, el internado austriaco y el seminario suabo y su observación de cómo la reconquistada fama de *Las tribulaciones del estudiante Törless* responde a un equívoco, de cómo los jóvenes del 68, que habían visto la película de Schlöndorff, se apropiaron de ese internado y lo convirtieron en una metáfora de la escuela autoritaria y burguesa contra la que se rebelaban. Musil mismo se enorgullecó, con toda justicia, a finales de los años treinta, de haber retratado antes que nadie la baja camaradería juvenil de la que emanó el nazismo. Y volví al único subrayado que aparecía en mis dos lecturas del *Törless*, separadas por tres décadas, y encontré casi una greguería: “Por la noche, Törless no podía conciliar el sueño. Los cuartos de hora se deslizaban como enfermeras frente a su lecho...” **u**

